

FESTES DE LA GERMANDAT DE LA CONQUESTA

La ermita de Sant Francesc de la Font y sus pinturas murales

Ramón Rodríguez Culebras (*)

Se me invita a escribir algo con motivo del décimo aniversario de la bendición de la ermita tras sacarla de su abandono y ruina. He de confesar mi cariño por esta ermita rural, como por todas las que jalonan las inmediaciones de esa vía huertana tan entrañable que es el Caminàs.

Con excepción del santuario de Lledó, las ermitas del Caminàs están caracterizadas por su arquitectura eminentemente rural y "popolana". Aún así, la de Sant Francesc de la Font presenta formas decididamente distintas a las otras, tanto las de Sant Roc y Sant Isidre, como la de Sant Josep. Por lo demás, incluso la dedicación queda un tanto fuera de lo común a toda la zona, con su razonable explicación histórica. A falta de datos precisos y concretos por ahora, todo hace pensar en un origen debido a interés personal de algún devoto que la habría construido en su propia finca o en las inmediaciones. Las fechas de construcción, también desconocidas, podrían oscilar entre medio siglo. En los libros de visitas pastorales de 1690 no aparece citada en la relación de ermitas, lo que no dejaría de ser sorprendente si hubiese existido, aunque fuese de titularidad privada, toda vez que se era muy estricto y riguroso en estas cuestiones. Por el contrario, el año 1748 aparece ya citada en un protocolo notarial sobre venta de una finca colindante. De hecho se trata de una edificación todavía de espíritu barroco; que aparece reflejada sobre todo, en la decoración pictórica del temprano siglo XVIII.

Como tal construcción es más bien sencilla. Se limita a una cúpula ciega sostenida por los correspondientes cuatro arcos torales, sin cornisas y con molduras, prolongándose al de la cabecera en un tramo



de poca profundidad que cubre con bóveda de cañón, en donde se ubica el altar, la iluminación del pequeño recinto se confía a la puerta, las ventanas de devoción que la flanquean y el óculo en la zona alta del hastial, sobre el tejadillo del pórtico.

Obra sólida, de mampostería y de sencillas líneas al exterior. En este, sobre los tejados a dos aguas, no se percibe la cúpula del interior, oculta bajo la cubierta. Un sencillo juego de volúmenes se obtiene por la desigual altura de los cuerpos que forman el conjunto con escalonamiento en su visión trasera: cuerpo bajo de sacristía, medio del tramo cabecero y más alto en el correspondiente al cuerpo de la ermita con su cúpula oculta. Sobre el muro frontero, la espadaña, y, nuevamente más bajo, con vertientes hacia la parte delantera, el pequeño pórtico.

Felizmente recuperada de la ruina en que se hallaba ya, la ermita y su entorno son ahora gala, como

lo fueran en otros tiempos del pasado, de estos atractivos caminos que, entre naranjos, se entrecruzan en la Plana en torno a Castellón.

El barroco ilusionístico

Sin embargo, y aparte esta idílica estampa campestre, lo que verdaderamente caracteriza esta ermita y la hace diferente a todas las otras del contorno, es el conjunto de pinturas murales que decoran por completo su interior hasta los zócalos, repuestos en moderno azulaje realizado en la línea tradicional de la zona.

Los elementos estructurales o de decoración en talla propios del barroco, ausentes aquí, son suscitados por sus iguales pintados. Una pintura entre ilusionística y arquitectónica que incluye el cornisamento, molduras, dientes y demás elementos propios del arranque de la cúpula directamente sobre las pechinas, retablo con columnas y rocallas, balastradas sobre las cuales parecen flotar entre toscas nubes las figuras de los lunetos laterales, cartelas imitando tallas con ornamentación y cabezas de querubines, plafones de mármoles imitados, junto a otros elementos más. Todo ello da idea de estos planteamientos, muy alejados de la línea ilusionística seguida por los Guilló y otros coetáneos más, cuyo arte deriva en parte de Dionís Vidal y, a través, de él, de la estancia y la actividad valenciana de Palomino. Y muy diferente también de los planteamientos decorativos e ilusionísticos de otro coetáneo, no vinculado a los anteriores y que parece haber ido más por libre, como puede ser Gaspar Huerta, sobre todo a través de las espléndidas decoraciones del Palacio de los Borja en Gandía.

En medio de este pequeño mundo de ficción como modo de ambientar se integran los elementos figurativos principales y los complementarios: los cuatro padres de la iglesia latina -San Agustín, San

Gregorio, San Ambrosio y San Jerónimo- en las pechinas, elevados sobre nubes un tanto burdas y rompiendo con su busto y cabeza el cornisamento ficticio de la cúpula; los franciscanos San Buenaventura y San Bernardino (éste, nuevo, por haber sido ya destruido el existente en su lugar) en los lunetos laterales; la gloria con el Espíritu Santo entre querubines y con florones sobre la bóveda del altar; las cartelas o paños y los ángeles portadores o tenantes y algunos elementos más hasta cubrir la totalidad de los muros.

Afortunadamente fueron rescatadas de los daños muy considerables ocasionados por el largo periodo de abandono en que la ermita se hallaba hasta hacerse cargo de ella y su restauración els Cavallers de la Conquesta; y también del peligro de erróneos planteamientos en la recuperación del pequeño conjunto que, de seguirse, habrían sido fatales, si bien se llegó a tiempo de evitar su total destrucción.

Afortunadamente digo, pues estas pinturas murales, sin ser de excepcional valor, no dejan de significar un importante jalón en el empobrecido patrimonio castellanense, por lo que a este tipo de decoración mural se refiere y que apenas puede representar otro que las pechinas de San Agustín, sin interés apenas tras los repintes y deformación sufridas y, sobre todo, la capella del Roser en la hoy iglesia de San Vicente, que lo fuera de Dominicos de Castellón hasta la exclaustación. Estas sí, de Guilló, fechadas y de notable relieve entre su producción.

Conjuntamente, las pinturas de Sant Francesc de la Font, presentan un juego armónico de tonalidades, sin estridencias ni violentos contrastes. Es quizá uno de los factores más positivos de estas pinturas que, por lo demás, y en líneas generales, denotan un pintor de segura línea, torpe e inhabil. Las figuras de los Santos Padres y del Santo Franciscano son poco acer-

tadas en su composición general y faltas de adecuación a la superficie disponible. Sorprende por ello tanto más, percibir, frente a esta falta de frescor y soltura, pormenores sueltos, agradables y bien resueltos, tanto pictórica como figurativamente, sobre todo en alguna cabeza como la de San Gregorio, en las de querubines y putti de las cartelas y en los elementos ornamentales y florones de la bóveda de la capilla.

Ante esta disparidad tan palmara, uno se siente tentado a admitir la actividad de dos pintores distintos que, o bien trabajan juntos, o termina uno la obra empezada por otro.

Autor desconocido

Por ahora y dado el carácter provisorio y de urgencia de estas notas, no me decido respecto a la autoría de estas pinturas. Es claro que pertenecen a ese periodo preacadémico caracterizado por el reflejo aún del impacto producido por la presencia de Palomino en Valencia y las obras aquí realizadas, que tuviera un magnífico seguidor en su discípulo Dionís Vidal. En otro orden, siguen esa carencia con cierta independencia, menos densidad del contenido pragmático pero, como compensación, con más dedicación a la pintura arquitectónica o ilusionística, toda una familia de los Guilló -sobre todo Vicente y Eugenio-, tan vinculados a Alcalá de Xivert. Desde otra línea, muy aparatosa y barroquizante aún ciertamente y, aunque desde Tarragona y Tortosa, sin duda con influjo y tal vez formación en los núcleos valencianos y de Palomino, la obra del samatevano Pascual Méspleta, figura como conocido, cuya obra más importante se halla en la capilla de la Comunión de la parroquia y en el santuario de la Mare de Déu de l'Avellà en Catí. Por otro lado, he citado antes a Gaspar Huerta, que había trabajado mucho por la zona de Segorbe, hasta el punto de suponer algunos autores, aunque sin fundamento, que sería de allí.

Con ninguno de estos pintores es relacionable nuestro desconocido muralista, que ha de permanecer por ahora, y a mi juicio, como anónimo, en tanto se lleven a cabo nuevos estudios, tanto documentales como analítico-comparativos que aporten otros datos y perspectivas.

Recordamos, con todo, la existencia de algunas pinturas murales religiosas de parecidas características en capillas y trassagraríos, sobre todo por la zona norte de Castellón, con algunas de las cuales podrían ser relacionables estas de Sant Francesc y que tampoco han sido convenientemente analizadas que sepamos.

Entre tanto, ahí están, con su relativo valor e interés pero como testimonio artístico castellanense, recuperadas para gozo de los visitantes, por lo que hemos de felicitarlos y felicitar también a quienes han contribuido a su salvaguarda y restauración.

(*) Delegado diocesano de Patrimonio



CAJA RURAL PROVINCIAL DE CASTELLON

"La Caja Fuerte del Campo"

Saluda a "Els Cavallers" en el X aniversario de Sant Francesc de la Font. Fadrell!

